

de hambre; dichosos aquellos cuyos sinsabores se endulzan con un trago y cuyas lágrimas se enjugan con un centavo!

En recompensa de todo esto, desean al donante que «Dios le dé más», manera grandiosa de manifestar gratitud; porque el pedir grandeza para la humildad, vale tanto como desear vida feliz y prolongada.

* * *

Los sábados van apareciendo sucesivamente los pedigüños por todas las puertas: unos imploran con tan honda pena, que ponen conmiseración en el pecho más duro á la clemencia y largueza en el bolsillo más cerrado á la liberalidad; otros piden limosna á grandes voces y suelen ser los menos necesitados; no faltan poltrones que de entre semana sean holgazanes, y en cayendo sábado vengán á la puerta con compaginación de enfermos y disfraz de desheredados; entre la miseria y la fullería se presenta el más vituperable ardid: el niño que por mandato y por castigo de malandrines á duras penas habla y á más duras razones pide limosna.

Dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, son obras de misericordia; pero dar pábulo al fraude, alimento al fullero, vestido al holgazán, es ir en contra de la caridad, hacer vividera la vagancia, amparar la hipocresía con perjuicio de la moral.



Perrerías

DESDE el faldero, poltrón y peliblanco, que hace cabriolas, salta el aro, juega al escondite, se sienta á lo sultán sobre las patas traseras, y divierte al amo con mil monerías, por las cuales le aplauden y rien la gracia, hasta el perro canijo, sarnoso, pillo, corrido y apaleado, hay una variedad de canes [por calles y plazas, por mercados y paseos, por casas y tugurios, por puertas y corrales, por fiestas y duelos, que Lineo y Cuvier, vueltos á la vida y metidos en investigaciones zoológicas, andarían á la greña,



como cualquier filósofo melencólico, para clasificarles un lugar á cada uno de tales perros en la *canis familiaris*, que es decirlo en mal latín.

Aquí podemos considerar al perro desde el del cielo puesto en las constelaciones hasta el del infierno apostado á la entrada del dominio de Plutón con su cabeza trifauce; desde la más ilustre prosapia hasta la más humilde condición; desde el perro de Tobías hasta el de San Roque; desde galgos y mastines hasta dogos y lebreles; desde sabuesos y podencos hasta bracos y daneses; no obstante los *canicidios* que se perpetran por los policías cada seis meses de tregua, bien se echa de ver que los guardianes no se dejan gobernar por un perro, como Olao, rey de Suecia.

Cuando salimos á la calle, lo primero que se viene á nuestras piernas es un perro con peligro de nuestras carnes; volvemos á nuestra casa, y sale un can á recibirnos de igual regocijada manera que el famoso perro que recibió á Ulises de su regreso de Itaca.

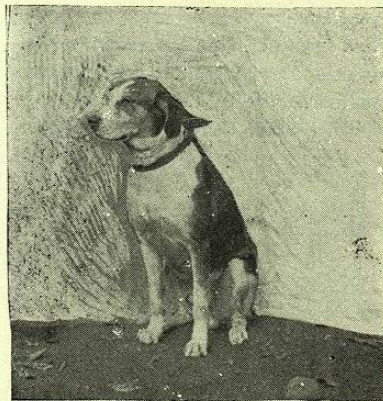
Por aquí hay mujeres que sin ser Dianas llevan tras de sí no pocos lebreles; y hombres, sin los atributos de San Humberto, son seguidos por una jauría.

Si en Egipto gozaba de gran veneración el perro, en esta nuestra tierra se le sostiene y se le mimas; y no sería remoto que á cualquier can se le elevara á la categoría de deidad, ya que estamos en camino de deificar á los perros para ensalsar en el hombre las buenas cualidades de amoroso y caritativo con los animales fieles; ni cosa extraña ni motivo de risa que cuando un perro muriera de muerte natural, como morían los buenos patriarcas hebreos, y no del *bocado* políciaco, los criados del amo de tan llorado Anubis se afeitaran la cabeza en señal de duelo.

Empero, el perro presta gran utilidad al hombre y le cobra cariño y fidelidad suma.

En las noches cuida y vigila la casa en acecho desde el patio; sentado pacientemente está atento á cualquier ruido; ladra y avisa, y no pierde ojo de la puerta ni deja el celo por el sueño.

De día duerme la vela, come alegre y aun glotonamente la abundante ración con que el amo paga su cuidado y su desvelo; deseguida gruñe satisfecho, se despereza, enhiesta el rabo, sacude las orejas y aulla de contento.



A estos perros cazaros, que se acomodan á los caprichos del amo, que cuidan con empeño y defienden con arrojo, no alcanza la bola de veneno, y á ello se oponen los vagabundos, los

hambrientos, no obligados ni agradecidos; perros callejeros que no tienen pitanza ni obtienen soldada, que viven del pillaje y mueren en el basurero; cacos por naturaleza y rijosos por instinto; jauría salvaje que medra en la calle y ristra deshonesta que ofende el pudor en ojos de castas doncellas; reos de vagancia y condenados al *bocado*; ladrones de huesos en la carnicería, de carne gorda en el garabato y de desperdicios en el estercolero; de esos que á hurtadillas pillan la carne de manos de los comprado-



res que la llevan á las casas, y por asechanza roban el codillo del puchero; mas en el pecado llevan la penitencia: pues á este hartazgo aquel palo, á ese hurto tal cual pedrada, y así la pasan entre garrotazo y mordisco hasta que caen por el bocado en la sepultura para terminar vida tan asendereada.

Y aquí también termina este fárrago, echado á perros, antes que el buen lector me forme capítulo de perradas, y se dé á perros, y me mande á otro perro con ese hueso por estar ya del todo roído.



Carnicería.

EN la derruida, viejisima y antiestética carnicería, antigua como las pirámides de Egipto, aunque no de tan laga data, se aglomera la gente compuesta de criaditas zalameras, mocetones groseros, viejos mandaderos y tías correlonas, clientela toda ella que va á esperar la llegada de la carne, la cual viene del lejano Rastro, que da por el remate del pueblo, en veloces piraguas de afiladas proas y ligeros remos.

En un tanto después de las cuatro de la tarde se divisan desde la descubierta carnicería las fugaces embarcaciones portadoras de uno de los más regalados alimentos cotidianos, dispendio para miserias que están en abstinencia completa de tan caro bocado, y gollería para pobres que comen de él por altibajos de sus soldadas; en fuertes pértigas trasladan de la piragua al expendio los palpitantes lomos y los sangrientos cuartos; en duro tajo tío Pompo, con afilada y